

**500 AÑOS DE AMERICA LATINA
LA UTOPIA FRANCISCANA
EN INDO-AFRO-AMERICA
PERSPECTIVAS
DE LA NUEVA EVANGELIZACION
EN LA AMERICA LATINA
FRATERNIDAD
Y EVANGELIZACION HOY
LA OFS EN LA FAMILIA FRANCISCANA**

CUADERNOS FRANCISCANOS

26/1992 – OCTUBRE/DICIEMBRE N° 100

ABUNÁ. LA AVENTURA DE LOS RÍOS AMERICANOS

PRESENTACION

Camilo Luquin, ofm. cap.

Presentamos un nuevo libro de Antonio de Oteiza: *Abuná. La aventura de los ríos americanos* (Edit. Tierra de Fuego. Madrid, 1992). Antonio no es un escritor de oficio, sino un escultor expresionista. Pero es autor también de otros libros: *Las Islas Galápagos y el Hombre*, historia, fauna y flora de estas también afortunadas Islas; *Amazonas sin equipaje*, que relata su primera expedición por las vías fluviales americanas; *Francisco de Asís, nueva imagen*, publicado por CEFEPAL en colaboración con una editorial española en el año 1981, en gran formato, que reproduce muchos de los grabados de su serie de esculturas sobre san Francisco y sus compañeros, realizada en CEFEPAL a lo largo de nueve meses, en 1980, cuya publicación fue también una aventura, y aun una quijotada. Pero, ¿qué sería del mundo sin los Alonso Quijano, Lope de Aguirre y... Antonio de Oteiza?

Abuná. La aventura de los ríos de América, lo es del principio al final. Antonio de Oteiza navegó por los grandes ríos americanos, del Orinoco al Río de la Plata, durante meses; y ese arriesgado periplo fluvial es lo que su autor nos cuenta en su libro, con su peculiar espontaneísmo y su vena poética, su amor por la naturaleza y por toda cosa viviente, su rescate de lo mágico.

Lo que Antonio de Oteiza quería descubrir, sobre todo, era el lugar de la confluencia de los grandes ríos americanos, "que fueron las verdaderas vías naturales de penetración y comunicación" para los primeros pobladores de América, ríos largos que señalan caminos de unidad (como la soñara Bolívar). Y que ese, hasta ahora, ignorado punto de confluencia fuera "un lugar de llegada para los americanistas, o más exactamente el lugar de encuentro para la gran identidad americana, que si los

pueblos son múltiples y diversos, también tienen ellos una intrahistoria e historia de identidades".

Y este sueño no deja de ser una propuesta profética para un mundo inesperadamente desgarrado por nacionalismos y aun provincialismos a ultranza.

Ofrecemos a los lectores de "Cuadernos Franciscanos" el prólogo de Luis M. Xirinacs al nuevo libro de Antonio de Oteiza, que refleja muy bien toda la riqueza de su contenido; así como también un fragmento del mismo libro, cuyo extenso texto (479 páginas) fluye, sin embargo, tan mansamente como las mismas aguas del Orinoco o del Río de la Plata.

PROLOGO

Luis María Xirinacs

La gran síntesis

Tiene el lector un libro en sus manos como tantos otros hay. Pero pocos libros narrarán una aventura de las magnitud de ésta. Vivimos tan atados por la solicitudes que fácilmente se nos puede escapar la verdadera grandeza que pasa por delante de nuestra puerta. El *Ramayana* es la epopeya nacional hindú. La *Iliada* y la *Odisea* lo son de la Grecia clásica. Cada gran nación tiene su hierofante que canta sus grandezas. Normalmente se trata de cantar grandes guerreros con grandes ejércitos y grandes medios.

Es difícil explicar cómo un pobre amigo de san Francisco de Asís llegó a concebir el recorrer de arriba a abajo el gran continente de Bolívar con unas pobres sandalias —una se perdió en un rápido— caminando sobre las aguas, para demostrar que la comunicación amorosa, que la Comunión, es posible entre los hombres, con sólo un chinchorro y un hatillo.

El ha conjeturado desde el principio ese continuo fluvial, "esas venas de agua" (I, 13, 15*), esa realidad comunicativa sorprendente que la naturaleza ha tendido de norte a sur como una autopista interamericana de agua, o, más poéticamente, como si las estrellas de un camino de Santiago se hubieran convertido en lágrimas y ese gran Río Unico bolivariano (I, 33*) fuera el surco amarillo que encauzara el llanto de la felicidad (II, 75). Del Orinoco por el Casiquiare al Amazonas. Y de éste por doscientos metros escasos "de canal por construir" al Plata. Es una auténtica epopeya, grandiosa precisamente en su humildad de medios y expresión de la Nación Unica Latinoamericana con que soñara el Libertador Bolívar. La "Bolivaríada", de Antonio Oteiza, la llamaría yo. Y, "a lo divino", lo hizo casi todo, casi de la nada. Fue a recorrer el gran Sendero líquido sin más noticias previas que los cuchicheos y fantasías de los ocasionales del viaje mismo y los avisos de algunos malos mapas.

Así se enorgullecerá del camino legendario, por aberrante, del Orinoco que, maravilla de la naturaleza, reparte sus aguas entre el norte y el sur, metáfora bellísima del amor que une los pueblos (I, 170-171). Estará el viajero satisfecho de ir tan al sur desde el Orinoco como, que se sepa, nadie ha ido antes (II, 45). Se hará acompañar a trechos, mediante la evocación, por los grandes descubridores como Lope de Aguirre, el justiciero ya hace 422 años (II, 62) o el naturalista Humboldt hace 190. Se regocijará en una "especie de celebración conmemorativa a la integración americana, a sus ríos que así la sugieren" (III, 6).

Pero donde más busca, donde más padece, donde más investiga es en la unión del Amazonas por el Madeira, el Mamoré, el Guaporé y el Palmital con el Río de la Plata por el Agua Grande, el Jaurú, el Paraguay y el Paraná (III, 116-141*). Preocupado, profundamente inquieto, revuelve mapas como Colón o como los buscadores del paso del noroeste. Marcha atrás y adelante. Se consume de escrúpulos por no haber recorrido por el río la última cabecera del Jaurú. Pero llega y pone el pie en la insignificante colina que separa dos fuentes trascendentales y, después de él, ya legendarias, que son el puente de la reconciliación entre el norte y el sur. El, pontífice hacedor de puentes, está allí, oficiante y víctima, de una vez para siempre, uniendo dos mundos. ¿Quién más ha buscado con su esfuerzo y su inmenso

amor esta reconciliación desde el Caribe al Plata? En la India le llamarían "Mahatma" ("Gran Alma"). Es un fruto del Espíritu la magnanimidad. En pleno siglo XX., egoísta y atomizado, ese caminante de pies ligeros revive con deslumbrante vigor el pensamiento de Bolívar, el Libertador (III, 213). Es feliz por hacer resonar de nuevo la campana secular de la integración y de la comunicación (III, 228-229). Hasta se permite la vanidad de resaltar que su viaje acaba como empieza: se inició y finaliza en un petrolero y ambos iban por un canal oculto bajo el mar. ¡Capicúa! ¿Suerte?

Viajero

Me voy dando cuenta, a medida que avanzo en mi lectura, de que por añadidura tengo en mis manos un gran libro de viajes y aventuras. Al estilo franciscano -el poder de los débiles- como tantos otros poco conocidos le precedieron en ese continente gigantesco. No sabe qué camino seguirá exactamente. Sólo tiene el Gran Proyecto. No sabe ni cómo es el camino ni cómo ni en cuánto tiempo lo recorrerá, ni con qué medios. Va rozándose continuamente con otro viajeros. Cada uno su trozo. El todo no lo sabe nadie. Ni él. Que las ideas, por grandes o precisas que sean, nunca son la realidad (I, 15). Hay mucha gente, pero con trayectos cortos (II, 71). A más breve, menos conocimiento, menos comunicación. Unos suben, otros bajan. El, solitario, seguirá hasta el final (II, 88), como una flecha disparada que no puede detenerse a medio camino. A eso le tientan en Asunción con reportajes y exposiciones. Pero no. El gran Arco del Puente no se aguanta hasta que se ponga la última piedra.

Los grandes Viajeros buscan la emoción vívida de estrenar realidad. La primera vez de las cosas es irrepitable. Es un sentimiento único (I, 22 y III, 177-178*). Nos aconseja quedadamente: "caminante, no pises fuerte" (III, 167) no fuera a morir la yerba, como bajo los pies de Atila. El Viajero explica qué es ser viajero (II, 63-64*), nos avisa finamente que para andar bien hay que "estar en el desconocimiento" (I, 23* y II, 84). Descubre que a las gentes lo pequeño les abre la confianza y lo grande les da miedo (I, 46) y por ello trata, como dijimos, de parecer más cercano de lo que uno pueda ser (I, 51). Les pregunta qué hay río arriba, y río arriba es lo desconocido y les

parece lo malo (I, 85*) y los poderosos añaden prohibiciones al Viajero (III, 162). Come de lo que comen los que le rodean (I, 100-101). Sabe recibir y sabe dar (II, 120). El recibir, con agradecimiento, que es dar el corazón a cambio (I, 135). Es un comunismo natural y espontáneo. En el fuerte del Príncipe de Beira, en donde debe esperar, nos explica cómo el Caminante debe adaptarse a cada lugar, morir a sí mismo para renacer mil veces en tantas nuevas situaciones (III, 69*). Quizás el momento más bello es aquel en que nos habla de la "amorosidad". "No fui forastero en ninguna parte". Llegado a Buenos Aires después de tanta selva exótica es tenido por argentino por los propios argentinos (III, 2*).

Sin citarlas nunca, alude a todas las recomendaciones evangélicas hechas a los mensajeros de la Buena Nueva. El salesiano Gerardo le pide seguridades, una autorización de los gobiernos, un patronazgo de "sponsor" (III, 133-134). El va a la "evangélica". El cuerpo pide aventura, esfuerzo, riesgo (I, 125). Escoge la inseguridad del viaje, huye de la seguridad. "Las peligrosidades...": raudales, vientos, lluvias, pirañas, malaria (II, 26*). Escoge la línea recta, siempre avanzando. "Mirar cada árbol una sola vez" (II, 41). No volver la vista atrás.

El origen

Entre tantas frondosidades, entre tanta lujuria de formas, sonidos, colores y tactos, ¿quién es el valiente que busca la raíz, el fondo, el origen? La gente se te hace amiga si le conoces el lugar de origen (I, 17). Aquellas vascas de "Txistu" de Asunción, connacionales de Oteiza. El origen de cada persona, de cada pueblo, de cada río, de cada continente. "A toda tierra, a todo río hay que pisarle el cuerpo" (I, 47*). Hay que reconocerlo osadamente aguas arriba, como hacen los salmones. En ciertos momentos cuesta remontar la corriente (I, 36-37). Se descubre en el origen el misterio de las cosas, el misterio del Casiquiare entre el Orinoco y el Amazonas (I, 170), el misterio del Palmital y del Aguagrande que casi se besan entre el Amazonas y el Plata (III, 125-141), misterio de las dos grandes cuencas y punto culminante de la aventura en una especie de origen o de centro de gravedad del gran Continente por donde corría la imaginación y los deseos de Simón Bolívar, muy cerca de donde fue a dejarse matar el Che Guevara.

En todo el libro está el presente. No hay prólogo de preparaciones. No hay epílogo de recapitulaciones. Empieza un día y una hora y así acaba otro día, otra hora. Se suele confundir el presente con la superficialidad. Los hombres serios y responsables estudian el pasado para conocer las causas del presente y conjeturan el futuro para adelantar el presente. Pero el verdadero pasado se fue. Lo que queda de él es presente. Aquel perro salvaje disecado en el museo paleontológico (III, 164), ahí está bien presente. Y el verdadero futuro aún no es nada. Lo que se adivina de él es ya presente. El presagio de tormenta, con su vienteillo inquieto y el vuelo bajo de los pájaros, ahí está bien presente.

El presente sólo se vive si se va sin prisas (I, 23). Lo realmente bello es lo nuevo de cada momento nuevo (II, 50). Detenerse, caminar despacio (III, 151), vivir las cosas (III, 70), "para que cada hora no se me marchara sin haberla escuchado" (II, 3). Antonio Oteiza en su libro nos ha dado tantos presentes que nos ha abrumado. El también confiesa que la densidad de sus presentes le abruma y nos enseña a huir, un rato, del presente para hacerlo soportable (II, 46). Demasiado presente podría quemar al pobre observador.

Observación

Observar es guardar lo que se te presenta. El Navegante observa muchas cosas al pasar. Hay un jugador de solitarios que, no sabiéndose observado, se hace trampas a sí mismo con los naipes (II, 70). En otro sitio se cruza con un perro que ni le mira, pero unos pasos más, y hombre y perro coinciden en volver la cabeza atrás para vigilarse subrepticamente (III, 65). Observa las costumbres variadas de los variados pájaros (III, 92). Unos pájaros en una rama van volviendo la cabeza al paso del barco, como si fueran militares al paso de la bandera (III, 108). Otro perro vivo resulta tener los mismos rasgos del perro "paleontológico" del museo. ¿Se escapó el perro disecado? (III, 164). Observación y humor. Ve venir un borracho y remeda sus andares para que lo deje en paz (I, 11). Se da cuenta de que le aumenta la imaginación si tiene café en el estómago. "La imaginativa empieza en el estómago" (II, 89). Se sorprende de ver los indios invariablemente

vestidos de rojo y deduce que ello ocurre porque es el color complementario del verde sobreabundante de la selva (I, 141). Siente una fascinación especial por enterarse de todo nombre de lugar por donde pasa. Yo descubro que en mis mapas faltan muchos de los que él menciona. El descubre que en sus mapas hay nombres inventados, carreteras inventadas para llenar esos mapas (II, 16).

Encantan sus observaciones tendentes a condenar todo aquello que obstaculiza sus observaciones. No leáis demasiados periódicos. Son una pantalla entre ti y la presencia. Siempre salen media docena de personas "vip" de cada país y no te dejan vivir tu vida, constriñéndote a vivir la suya con todos los pelos y señales (III, 21). No a las fotografías que congelan el presente y ofenden la intimidad de la selva, del salvaje (III, 6). No a los zapatos que ahogan el pie y lo aíslan de la vida del suelo (II, 148).

Naturaleza

Todo el libro es un canto a la naturaleza que "aún" queda en América. Ese humus que se alimenta de los vegetales que, a su vez, se alimentan de ese humus (III, 51). Feliz transcurre lentamente por los ríos enmarcados en una selva que parece reventar por sus márgenes, atraviesa la reserva ecológica de Tayamá (III, 143) o el parque protegido del Pantanal (III, 146-151), en donde los animales viven a sus anchas sin miedo al hombre. Hace muchas referencias antropológicas sobre el indio autóctono (I, 129-130; 113-114; III, 79). Reta a los misioneros a aquilatar su labor "civilizadora" entre los indios. Ellos no necesitan lo más moderno (II, 43-44). Herramientas elementales, una bombilla de luz. Antes disfrutaban de la luz, esencial para los pobres (I, 149-151). Economía elemental, de trueque, especie contra especie, sin dinero, como practican los navegantes con los ribereños, sean indios o no (II, 18).

"Los racionales, como llaman los indios a los civilizados, llevan la desolación a la selva (I, 183). "Los racionales" no se adaptan, no se entregan a la selva. Sufren. Se sienten desamparados. Vacían la selva, la espantan, crean ausencias en lugar de presencias (III, 156, 175). En la pequeña ciudad de Corumbá, lejana, sumergida en la naturaleza, ya florece exuberan-

te la mala hierba de la burocracia (III, 162-163). El cronista juega con la imagen despiadada del loro de a bordo al que le han cortado las alas (II, 45). El civilizado tiene las alas cortadas y las corta a toda la selva. Hay lugares terribles donde la explotación ya pasó, lugares abandonados por los buscadores de oro, en gran desolación (II, 110). Otros lugares soportan buenos negocios sembrados con sangre. Los primeros, los segundos roturadores perdieron su vida en su empeño. Luego llegaron los últimos y por poco precio se apoderaron de la siembra de muerte (II, 153). ¡Se muere la Amazonia! La selva es ingenua, fresca, espontánea, fecunda. Se le puede pedir mucho, pero no arrancarle la raíz. No se puede andar pisoteando irresponsablemente por la selva, sino... los tristes paisajes del Madeira (II, 75*, 87).

Oteiza monta en cólera como fustigador de los mercaderes del templo de la naturaleza. Define así al profanador ser humano: "bípedo y fonético, propietario, avaricioso y estacionario" (III, 210). Los peores insultos que encuentra.

Los indios y no "los racionales" son los humanos (I, 14). Es necesario que la selva sea mental, si no el hombre se embrutece (II, 118).

También habla de las naciones. "Nación" y "Naturaleza" tienen el mismo origen etimológico. Describe los choques entre los pueblos a vida o muerte (III, 127). Las aversiones, las apetencias fronterizas a vida o muerte (III, 175), y luego inexplicablemente, el olvido, la dejadez, el subdesarrollo de esas zonas fronterizas tan codiciadas. Oteiza ha visto en su viaje diversos Estados por sus partes más vergonzosas. Donde la Nación pierde su honesto nombre. Por el culo. Y, en cambio, resuelve el eterno problema de la nación, de la -él dice- "patria ontológica", el lugar que nos vio nacer y crecer, con el que comulgamos en el albor de nuestra vida y, por extensión y a buenas, cuando ya no se cabe, el otro lugar a donde hay que ir a vivir para no morir (III, 219*).

Hombre

Pero el hombre, que puede destruir, también puede realzar la naturaleza (I, 24). Antonio Oteiza añora a Geroncio que le iba cantando los nombres de por donde pasaban. Se despidió triste de Reinaldo, aventurero como él, que debe partir en otra dirección (II, 33). Des-

cribe con gusto al capitán-poeta Britto (II, 90-104). Descubre en un rincón más apartado del mundo, en Piedras Negras, del Guaporé, al anciano Ladislao Mercado que como él es un raro enamorado de la naturaleza (III, 91-93). Da su brújula como regalo al otro capitán de barco, José Santos Souza, de Puente y Lacerda, porque vio que la codiciaba (III, 97). Sintona con el misionero italiano Nazareno Lanciotti, de Jaurú, que, aparte de haberlo acompañado al centro neurálgico de América del Sur y de su viaje, es un arquitecto que construye en sintonía con la naturaleza (III, 124). Recuerda también aquel íntegro Prefecto del alto río Negro que conduce al barco de vituallas para la sobrealimentación de los niños de las escuelas, que va y viene de una orilla a otra a lo largo de toda su circunscripción, repartiendo, sin estafar, un grano de alimento. Se lleva, castizo, con él un fotógrafo para que quede constancia de cada entrega (I, 15-19). Sin amargura y con piedad describe a los "siringueiros", recolectores de caucho (II, 81), a los "garimpeiros", buscadores de oro (II, 86). Habla de la explotación del tanino extraído del árbol llamado quebracho (III, 178). Pasa con "amorosidad" por delante de las chozas con techo de palma de los indios. Observa y explica el arte no figurativo de símbolos y figuras abstractas de los indios. Lo atribuye a un efecto de compensación humana ante el espectáculo apabullante de una selva demasiado concreta (III, 62).

Nos sorprende con una visión espeluznante. Al reclamo de unos terribles gemidos venidos de la selva, descubre a un indio con la pierna atrapada entre una rama y el tronco de un árbol, la otra pierna colgando inerte, medio muriéndose, mientras los insectos le comen la carne dejando una raya negra sobre su espina dorsal. Que no siempre Natura sirve dulzura (II, 136*-138). Llega a tiempo de salvarlo. Del extremo inferior de la humanidad, comenta que los monos son los parientes "pobres" de los hombres y que, por ello, parecen resentidos (II, 82). Pero sus preferencias van, pienso yo, hacia el otro extremo de la humanidad, los hombres afinados, sutiles, santos. Nos presenta la curandera Conchi Chapli, y, a propósito de ella, se extiende en la justificación de los visionarios auténticos y los artistas populares, humildes, sencillos, geniales, certeros (III, 23). Quizás el personaje más prominente, dentro de su absoluta modestia de verdad, es el Profeta Miguel Silvero, milagrero y vidente en Valle

Mi, junto al río Paraguay. Es conducido a él por obra del capitán. Después seguiremos con ese capitán, pero es evidente que el Profeta ha cautivado el corazón del Peregrino. Dudo que el cronista haya dejado constancia escrita de todo lo que se comunicaron, se visionaron y se adivinaron esas almas iguales en espíritu y opuestas en materia, una fija como una estrella, la otra voladora como un cometa de los cielos (III, 182*-187). El Profeta pide al Peregrino que hable a las gentes de la Virgen de Caacupé, patrona del país. Más tarde el Peregrino irá al Santuario de la Virgen de Caacupé, cumpliendo misiones encomendadas y escribirá (III, 207*) con la más delicada ternura sobre los otros peregrinos que la visitan.

Y tratando del tema humano no podían faltar unas consideraciones sobre los grupos humanos. Primero les dedica unas palabras bastante negativas: el grupo tendrá la fuerza del más débil del grupo. En cualquier empresa, el débil frena a los demás y les resulta una cadena. Por eso él va solo (II, 148-149). Pero la misma vida le da la lección contraria. Bajando en barco por el Paraguay, se topa con una tripulación que forma un equipo modélico. Es el grupo perfecto (III, 170*-171). Cohesión y libertad. Se explaya en un canto a la libertad, quizás la categoría filosófica más estimada por él. Ni qué decir tiene que detrás de este grupo armonioso vibra el alma de un capitán que lee la Biblia y se deja guiar por un profeta.

La palabra

Es un distintivo de ese animal "fonético" que llamamos eufemísticamente hombre. Continuamente se topa con gentes que faltan a su palabra (II, 79, 128, 130; III, 31). Palabras de inauguración y nada más (II, 81-82). Mentiras. Ya no se fía de lo que se dice. Se suele decir que el río aguas arriba es innavegable. Conviene experimentarlo todo (II, 90, 92). Continuamente se sirven palabras vacías de hechos, especialmente las dirigidas al pobre para quitárselo de encima (II, 150). Las palabras vacías (III, 69-70), las palabras falseadas le hacen enfermar (III, 35). En un estado, que parece desesperado, llega a execrar la palabra, su negatividad. Habla en medio de la niebla (II, 106*).

Se habla demasiado y se camina poco (III, 30); se repiten inacabablemente las palabras.

La vida es superior a la palabra, a los libros (II, 13), incluido éste. Le gustan más las imágenes sugerentes que obligan al que las mira a hablar él, a interpretarlas (III, 75-76). Prefiere decir la palabra con las manos (II, 140). Así es su elocuente alfarería silenciosa. Queda transido ante un pobre hombre que en silencio limpia los zapatos de los otros, en medio de la oscuridad de la noche (II, 149). Y si deseas saber el significado de la palabra "palabra", lee en III, 32*.

Inteligencia

Este pobre Viajero zarrapastroso tiene riqueza en la inteligencia, donde ladrón no roba, como temían muchos viajeros de su camino, respecto de sus correspondientes alforjas. No ha querido dedicar demasiados años al estudio, pero tiene ejercitada esa gratuita inteligencia natural que es la intuición. Sólo unas referencias. Está al quite de posibles descubrimientos prácticos. ¿El mapurite cura el cáncer? (I, 153, 161-162) ¿El Rh negativo de la sangre impide la malaria? (III, 127). Y de la práctica se eleva a fugaces excursiones teóricas, todas surgidas de las ocasiones más concretas que le depara el viaje. Un breve fognazo nos presenta una visión subjetiva de la Relatividad de Einstein (III, 120). Insinúa el panvitalismo tan querido de los nuevos físicos ("gnósticos") de Princeton, cuando habla de la vida de las piedras (III, 76). Quiere una lógica no racional, como postulaba Ortega y Gasset (III, 74*-75). Nos acerca a la magia de los primitivos, como hizo por aquellas tierras Lévy-Strauss. Una piedra en el río contiene avisos ancestrales de crecidas y bajadas del río y de migraciones humanas para arriba o para abajo del río (III, 67, 68, 73). Son unos signos circulares, espirales... abstractos. Y se le va la intuición a suponer que los primitivos tejían redes sistemáticas abstractas para cazar realidad con la mente, a la manera de la Teoría de Sistemas, de Bertalanffy. Nos deja parados con sus sagaces observaciones de la correspondencia y repetición de las mismas configuraciones en lo grande y monumental y en lo pequeño y despreciable. Así lo dice hoy la teoría de Fractales de Mandelbrot (II, 73; III, 221). Le sale el mal genio, como a Galileo ante la Inquisición o como a Miguel Ángel ante su Moisés, para afirmar que la belleza triunfa de los condicionantes que quieren ahogarla. Marx decía que le

agradaban las esculturas griegas a pesar de ser el resultado de una sociedad esclavista. Eso también dice Oteiza (II, 64-65). Y con Umberto Eco hace consistir lo bello en lo nuevo (II, 50). ¿Será lo verdadero lo viejo? Aún más sutil es la afirmación de que todo conocimiento objetivo implica ineludiblemente una creatividad subjetiva, como exigiera la escuela de física llamada de Copenhague o el sociólogo marxista J. Habermas (II, 29-30).

Y para acabar esta enumeración quiero resaltar un precioso texto que parece un eco de pensamiento de Teilhard de Chardin, en el "Fenómeno Humano" cuando el jesuita, después de hablar de toda la historia natural, anuncia la aurora de la operación del hombre. Emociona la descripción de Oteiza de la naturaleza, unos días antes de la aparición del hombre. Naturaleza sin palabras. El lo cuenta en el río Negro, entre Camanaos y Tupurucua. Apostrofa al Destino: "que rompa el silencio ensordecedor de nuestra cabeza" (II, 42*).

Epopeya

No está escrita en hexámetros o en octavas reales esta crónica. Eso le falta para ser Cantar de Gesta o Epopeya nacional. En vez del mar como en la Odisea, la Eneida o la Atlántida, es el Río. Río como un mar, en múltiples ocasiones. La noche de fin de año regala al navegante un huracán de 130 Kms/hora descrito en el mejor estilo épico en seis largas páginas (III, 190*-195). La calma vegetal de la gran región del Pantanal, donde parece que el barco va sobre la yerba porque las aguas están cubiertas de vegetación, es otra visión magnífica (III, 143-202). Las tozudas dificultades de la navegación con cuatro gabarras unidas a una motora en trechos de poco fondo son temas del mejor libro de aventuras. Muestran la lucha titánica por llevar el comercio y el transporte un poco más allá (III, 49-57).

Sin embargo, siempre el punto culminante de cada andadura es el de los rápidos, cascadas, chorros, cachoeiras (cazuelas) o raudales. Los había en el Orinoco de Venezuela -Atures-, en el Negro -San Gabriel (II, 29*-32)- y, sobre todo, los inacabables raudales, ¡recorridos aguas arriba!, del Madeira -San Antonio, Macao, Teotonio, Girau, Abuná, el Riberón, Palo Grande, etc. (II, 97*-168)-. "Heridas aguas, supurantes blancuras que se resbalan

por todo este dolorido cuerpo". Con Lori de Silva conduciendo en San Gabriel. Raniero Da Silva, en San Antonio y Macao. Y el impensable Arturo Rossi, con sus dos ayudantes, en Palo Grande. Imponente el "ruido negro" del Riberón. Y definitivas las siete páginas dedicadas al grandioso tránsito de Palo Grande (II, 162*-168), páginas dignas de la Eneida... "apparent rari nantes in gurgite vasto"... Nadie quería ayudar a Oteiza a pasarlo. Estaba loco. Este trozo no se navega. Sólo el haber sabido encontrar un Arturo Rossi que aceptara y que, en medio de la vorágine de agua y piedras, no se echara atrás ya indica la talla de Oteiza. No se ahogó ninguno de los cuatro locos, de milagro. Oteiza se dio un golpe mayúsculo en una caída por una roca resbaladiza. Es la narración que mayormente merece figurar al lado de las grandes gestas épicas de la humanidad. ¡Qué fácil hubiera sido saltarse esta torrentera por la carreterita de al lado! Oteiza tuvo el sentido común antitrágico de no querer lo imposible, raudales de Teotonio (II, 97) y Girau (II, 115) sorteados, pero hizo retroceder esta cómoda palabra —"lo imposible"— a su última guarida, al infierno de las palabras. Casi todo es posible para el Libre, casi nada es posible para el Esclavo. Nuestra humanidad tan castigada y a menudo tan resignada, debiera estarte agradecida para siempre. Lector amigo, cuando sufras una hora baja, relee estas siete páginas que Oteiza escribió ex-profeso como la mejor ayuda a la debilidad humana.

Llego al final de este programa de relectura. Como una biblia del pueblo, liberado a medias por la mano de Bolívar, mejor hubiera sido enumerar el libro, no sólo por capítulos sino por versículos, para su mejor citación. No sé si los tipógrafos conseguirán acordar los números de mis páginas de manuscrito con los definitivos de las páginas del libro impreso. He dicho biblia, como he expresado alabanzas, siempre sin exagerar. Como aquel Arturo Rossi auténtico héroe vestido de sencillez, este pobre libro vale más de lo que parece.

Ya en el final digo biblia porque, como ella, este libro no sólo toca la tierra sino que también toca el cielo. Ofrece contemplación. Más que ninguna parte de la obra, recomiendo la relectura directa de los textos que ahora cito. "Un río y una isla para mí solo" (II, 112*). Un espacio límpido con total ausencia de distancias, donde Velázquez o Vermeer quedarían transportados (III, 53), a la hora quieta de las seis de la tarde (III, 103*). La perfecta comunión con la naturaleza. El desasimiento completo de sí mismo (III, 66), Más allá de tanta palabra falaz, el silencio (III, 71*), la emoción más profunda, "el sentimiento oceánico", el éxtasis (II, 37*; III, 88*-89). La noche, el gozo, "la redondez y totalidad de la paz" (III, 222*) con que acaba su escrito.

FRAGMENTO DE LA OBRA

Antonio Oteiza, *ofm.cap.*

A las 10 de la mañana salgo con el misionero Lanciotti, en automóvil, carretera al norte, para el lugar donde se supone se encuentran las fuentes de los dos ríos en su máxima proximidad. Me dice que soy el primer forastero que conoce que llega aquí buscando estas cercanías de los dos afluentes, y que tampoco ha oído que antes hubiera llegado nadie. A los diez minutos dejamos a nuestra izquierda el riachuelo Taguarasú, que baja al Guaporé, a nuestra derecha está el Jaurú. Seguimos carretera de tierra por esta divisoria, es un paisaje montañoso y verde, suavemente ondulado el que se encuentra entre los dos ríos. Luego de unos 20 kilómetros de recorrido, dejamos la carretera y entramos a caminar por una vereda, nos encontramos con unos comisionados del gobierno que aquí están buscando muestras de tierra, de minerales. Nos dicen que de rocas hay granito, gneiss (anfiholija), esquistos, micas; de minerales: ilmenita de composición $TiO_3(MgFe)$.

Seguimos nuestra vereda. El trayecto que estamos haciendo esta mañana hace dos años era de difícil circulación, y en tiempo algo anterior era a caballo y se tardaba un día en llegar aquí.

Cuando veníamos nos encontramos al dueño de estas tierras, nos había dicho que al transitar por un camino, y es éste que nosotros ahora estamos andando, cuando lo caminaba, si estaba lloviendo, observaba que las aguas bajaban a uno y otro lado, que descendían hasta hacer pequeños arroyos, que en ese camino se dividían las aguas para ir al Guaporé y al Jaurú, a una y otra cuenca.

Veíamos que en este paisaje próximo todavía quedaban unos manchones de selva, estábamos en un día de luz y de transparencia en la atmósfera, se descubría la variedad de los verdes, el camino nos llevó hasta una pequeña explanada, de unos pocos metros; bajamos una suave pendiente a nuestra derecha, no nos alejamos más de 100 metros, descendimos no más de 6 metros; a esta pequeña distancia del camino las aguas bajaban ocultas bajo la maleza y las flores de agua, se le escuchaba su rumor, su ruido era limpio, constante, quebradizo, luego subimos y bajamos al otro lado del camino, a la vertiente del Guaporé, tampoco nos alejamos más de 100 metros, también oculta en la maleza se le oía al agua que bajaba, así que a una distancia no mayor de 200 metros brotaban los manantiales del Amazonas y la cuenca de La Plata.

En unos hoyos de esta tierra brotaba el agua; unas vacas bebían; algo más abajo, una casa de campesinos estaba levantada al lado de un breve arroyo: era el agua que bajaba de aquí.

Volvimos al camino, estábamos sobre la pequeña explanada, un paisaje igual a uno y otro lado nada de vertientes definidas, todo parecía próximo y amable, los dos grandes ríos nacían aquí así de cercanos, bastaba ahondar un poco este suelo sobre el que estábamos y las tres grandes cuencas americanas quedarían enlazadas.

Bien merece este lugar un pequeño esfuerzo por parte del hombre, que hiciera aquí un gesto simbólico de comunicación, que se abriera aquí un poco esta tierra fértil y blanda, que la mano del hombre se ahondara en esta tierra a manera de cuenco, que se encontraran y mezclaran aquí las aguas de estos dos tan cercanos manantiales, a manera de pequeña y común laguna, que se recordara aquí a los tres grandes ríos americanos, que ellos son los largos caminos fluviales que entre sí comunican a casi todas las naciones americanas, que fueron las verdaderas vías naturales de penetración y comunicación para las primeras razas y poblados que habitaron este continente, ríos largos que señalan el camino y transponen hoy los propios territorios nacionales.

Con estas reflexiones volvimos al pueblo de Jaurú, imaginando esa posible recordación a manera de monumento a los ríos americanos. Este es un lugar de llegada para los americanistas, o más exactamente el lugar del encuentro para la gran identidad americana, que si los pueblos son múltiples y diversos, también tienen todos ellos una intrahistoria e historia de identidades.

Hicimos unos primeros dibujos, que las aguas se alcanzaran, que los dos manantiales descubrieran una sola superficie de agua, que una piedra fuera imagen de esta América, que por ella descendiera, como un meridiano, el itinerario único del Orinoco, Amazonas y Paraguay.

Es así cómo informamos de este encuentro, pero todavía buscábamos más certezas. Lanciotti me proporcionó un mapa de esta región, sacado por satélite: ahí vimos los trazados de los pequeños arroyos que iban a parar al Jaurú y al Guaporé, y vimos que el lugar en donde habíamos detectado nuestras atenciones, era también el lugar en donde esos trazados de arroyos estaban más aproximados, aunque no tanto como lo que habíamos podido apreciar tan personalmente. Son mapas que mandaron hacer los hacendados para delimitar sus haciendas, alguna tan grande como para alargarse 100 kilómetros por la margen del Guaporé y tener 90.000 cabezas de ganado.

En este día habíamos conseguido encontrar lo que buscábamos. Sabíamos, también, que subiendo 50 kilómetros el Guaporé desde Puente y Lacerda, está un raudal infranqueable, y que hay también otros en el Jaurú arriba luego de Puerto Esperindao, como Salto Grande, alto y estrecho.

Terminábamos el día con la satisfacción de haber llegado a lo que estábamos buscando. Ahora ya podíamos proseguir nuestro viaje y hacer nuestro trayecto final: bajar el Paraguay.